

EL DEVENIR HISTORICO Y EL CAMBIO

Las ilusiones de los cambios según pretendía una ley universal del progreso en la que creen los clientes de la opinión pública.

«... nuestra civilización lleva en sí misma tales fermentos, tales impulsos, tales inquietudes y tales aspiraciones, que una renovación profunda por su parte, aunque fuese revolucionaria, piensan algunos, se produce de suyo; basta dejarse conducir, subrayan los clientes de la opinión pública, basta confiarse a la ley universal del progreso que cambiará el aspecto viejo del mundo y conseguirá uno nuevo, sin que nosotros nos ocupemos de ajustarnos a precursores de programas innovadores o a profetas de sueños inverosímiles . . .
¿qué será del hombre en esta metamorfosis general? ¡Cuántos fenómenos preconizados como idílicos en el siglo pasado han tenido después repercusiones perniciosas en el campo social, sanitario, moral de nuestro siglo!»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del miércoles 4 de julio («O. R.», 5 de julio de 1973; original italiano, traducción de *Ecclesia* número 1.650 del 14 de julio).

La moda, la marcha atrás y el tiempo en la historia contemporánea.

«Además, en la historia contemporánea, lo nuevo, es decir, el progreso, da testimonio de sí mismo con tales conquistas y con tales promesas en el campo del saber y del hacer, que sale siempre triunfante en la estimación psicológica de los jóvenes, incluso cuando lo nuevo ha dejado de ser progreso auténtico y se ha convertido en clara marcha atrás, como, por ejemplo, en ciertas expresiones artísticas degradadas y en ciertas costumbres licenciosas. Es nuevo y basta; es el camino hacia el tiempo futuro, o por lo menos es la forma, es decir, la moda para el tiempo real, para el presente. La moda exterior, lo sabemos, es reina. Además, la orientación prag-

"mática y utilitaria de la escuela actual favorece esta mentalidad en
"detrimento de otros valores que parecen resistir a esta inquieta y
"continua metamorfosis conceptual y operativa, y que la historia,
"madre del pasado y del futuro, conserva en su patrimonio como
"valores perennes, no tanto por haber sido producidos por ella cuan-
"to por los que la engendran. Por otra parte, este proceso tiene su
"justificación y sus ventajas; es el tiempo, el misterioso tiempo, el
"que lo promueve, y justamente por este dinamismo inexorable nos
"enseña la insuficiencia intrínseca de las cosas y marca sobre las
"mismas su definición fundamental «creaturas»; definición que, de
"rechazo, lanza el espíritu inteligente hacia la pregunta eterna: ¿Dón-
"de está el Creador? Esta es metafísica y es la puerta de la religión.»

PAULO VI: Audiencia general del miércoles 7 de agosto de 1974 (texto en «O. R.» del 8 de agosto, texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.705, del 31 de agosto).

El devenir histórico, como Saturno, devora a sus hijos.

«... el proceso de nuestra búsqueda continúa. ¿En el desierto?
"¿En torno a otras huellas? La huella de la historia. ¡Cuánto se ha
"hablado en el mundo contemporáneo de historia! Es decir, de la
"evolución, del devenir, del progreso, de la filosofía del espíritu,
"como si fuese una revelación, en este continuo camino de desarro-
"llo, capaz de apagar, mejor dicho, capaz de estimular la sed insa-
"ciable del hombre. Podríamos recurrir a otra definición bíblica del
"hombre moderno: «*Filius accrescens*», un joven en camino de cre-
"cimiento (Gen., 49, 22). Una hermosa definición, si no estuviese
"también fundada sobre un falso destino: El tiempo, Saturno que
"devora a sus hijos. El tiempo, ciertamente, es la atmósfera de nues-
"tra vida que se hace, y que, por ello, se convierte en peregrina por
"su naturaleza, en búsqueda, siempre en búsqueda, hacia el futuro,
"hacia una esperanza ...»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del miércoles 13 de diciembre («O. R.», 14 de diciembre de 1972; original italiano, traducción de *Ecclesia* núm. 1.623 del 23 y 30 de diciembre).

No todo cambia, algo permanece. ¿Cómo discernirlo?

«... ¿En el mundo en que vivimos existe, mejor dicho, resiste todavía un sistema moral, el cual imprime a la vida su rostro humano, tal como nosotros hasta ahora estamos acostumbrados a considerar normal y auténtico? Pongamos de relieve algunos aspectos generales de nuestra época por los que se encuentra profundamente turbada nuestra vida. Por ejemplo, uno de los aspectos más generales de la historia presente es el cambio: todo cambia. No existe ángulo de nuestra vida que esté inmune del cambio. Toda ciencia, todo arte, toda actividad, toda relación social, todo fenómeno colectivo, como la escuela, los transportes, la economía, la asistencia sanitaria y social, los cuadros legislativos y políticos ...; todo cambia, la mentalidad pública, las costumbres ..., hasta tal punto que la historia de nuestra época se caracteriza por los términos de evolución, de progreso, de revolución. ¿No cambia también el «tipo» humano? ¿Qué permanece de humano, de moral, en una transformación tan vertiginosa de la vida? Poseemos un patrimonio elevado de conceptos, de valoraciones, de tradiciones. ¿Qué debemos conservar? ¿Qué debemos cambiar?»

.
«... nos encontramos ante un deber nuevo, propio de nuestra época, el deber del discernimiento entre lo que está caído o, acaso mejor: lo que es perfeccionable, y lo que, en cambio, debe ser estable y fijo, queremos decir que tiene la razón de ser inalienable y permanente. Digamos en seguida: este discernimiento no lo podemos realizar arbitrariamente por nosotros mismos. Miembros como somos de un cuerpo social organizado y civil, deberemos reflexionar y respetar todo lo que la sociedad legítima y establecida nos ordena y nos exige; un problema de autoridad se impone inmediatamente, si bien éste no impide soluciones evolutivas, que hoy las constituciones civiles admiten y promueven. Y esto, tanto más en el cuerpo social y místico, que se llama la Iglesia, en el cual el elemento divino exige un continuo esfuerzo de perfección, y al propio tiempo impone una obediencia fiel, hasta el heroísmo, a su identidad dogmática y ortodoxa, defendida y guardada, enseñada e interpretada por una autoridad legítima, a la que divinamente ha sido confiado este servicio de caridad para la verdad.»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del 5 de julio de 1972 («O. R.», 6-VII-72; original italiano, traducción de Ecclesia núm. 1.601 del sábado 22 de julio).

La historia, el hombre como factor de ella y la Providencia.

«... entendemos por historia, ante todo, el arte de descubrir el curso y el entrelazamiento de los acontecimientos humanos y de fijar objetivamente su recuerdo.

.....

"Estos acontecimientos están, por sí mismos, llenos de misterios interesantes a explorar; son, frecuentemente, el resultado de factores numerosos y distintos, y a veces se presentan a nosotros como como jeroglíficos aparentemente indescifrables, atendido el número y la variedad de los coeficientes, de los que resulta lo que se ha convenido en llamar el marco histórico. Por fortuna, uno de los componentes, el hombre que actúa, es muy fácilmente cognoscible, y constituye el objeto más interesante para quien quiere describir el desarrollo de los mismos acontecimientos.

"Así, pues, identificar con exactitud al hombre, artífice de la historia; poner en evidencia su característica, que es la de un ser libre, y, en consecuencia, lleno de sorpresas y rico de revelaciones que pueden brotar del espíritu humano; he aquí —pensamos— lo que califica el valor de verdadero historiador, el cual merece alabanza y admiración si, en una descripción literaria concreta y al mismo tiempo clara y elegante, sabe poner en evidencia al hombre, protagonista de la escena histórica que él describe y si, al menos, deja entrever el elemento creador la personalidad en acción, en el ejercicio de su libertad responsable.

.....

"Pero el hombre no es el único actor que domina el curso de las vicisitudes humanas. Estas están dominadas también por otro factor, para nosotros imponderable, pero, ciertamente, superior y determinante para el designio definitivo de la historia humana: es la acción de Dios, de la Providencia, cuya presencia secreta en el tiempo y entre los hombres hace de la historia un misterio. Y, cuando se trata de la historia de la Iglesia, el misterio se convierte en objeto de contemplación, se convierte en una especie de sacramento, cuya identificación y desciframiento son extremadamente delicados y difíciles.»

PAULO VI: Mensaje en la reunión de estudio de la Escuela francesa («O. R.», 25 de mayo de 1973; original francés, traducción de *Ecclesia* número 1.655, 18-25 de agosto de 1973).

Los cambios en el mundo y la plenitud más allá del tiempo
a la que nuestra religión se halla ordenada.

«El mundo cambia y resulta superfluo documentar un hecho tan grave y tan amplio: cultura, costumbres, ordenamientos, economía, técnica, eficacia, necesidades, política, mentalidad, civilización ...; todo está en movimiento, todo en fase de cambio.

”Por ello, la Iglesia tropieza con dificultades

” Ahora bien, en el mundo actual, la religión en general y, sobre todo, una religión como la nuestra, determinada y organizada, que vive en la escena histórica del tiempo presente, y está ordenada a un fin escatológico, es decir, que se realiza en plenitud más allá del tiempo, en una vida futura, no parece que pueda tener una existencia próspera. Se trata, además, de una religión que pretende interpretar, más aún, preparar los destinos de la Humanidad, y que se coloca como verdad sobre Dios y sobre el hombre, maestra de nuestra salvación, y que hasta se atreve a hacer del amor a Dios —invisible Padre nuestro— y a los hombres —no ya lobos, sino hermanos— la ley fundamental, tanto para el ser individual como para el social. Una religión semejante, que introduce en el plan natural de la vida un extraordinario plan sobrenatural, que convive y anima al primero, parece, a quien observa las cosas superficialmente, impensable en nuestros días; parece una Iglesia destinada a extinguirse y a dejarse sustituir por una más fácil y experimentable concepción racional y científica del mundo, sin dogmas, sin jerarquías, sin límites al posible goce de la existencia, sin Cruz de Cristo. Y, si cae la Cruz de Cristo, con todo lo que ella implica, ¿qué queda de nuestra religión?, ¿qué queda de la Iglesia?

”Vistas así las cosas, se comprende por qué la Iglesia se encuentra en dificultades.

”fecunda siempre con energía nueva, con un pueblo numeroso, de hombres insignes, de hijos devotos, de recursos imprevistos; pero, abramos los ojos, ella se encuentra ahora, bajo ciertos aspectos, en sufrimientos graves, con radicales oposiciones, con contestaciones corrosivas.

”¿Acaso no se habrá producido un abismo, que parece insalvable, entre el pensamiento moderno y la vieja mentalidad religiosa y eclesial? ¿No habrá sido absorbido en la cultura profana el tesoro de sabiduría, de bondad, de sociabilidad, que parecía ser patrimonio característico de la religión católica; hasta casi vaciarla y pri-

"varia de sus innumerables razones de ser, para trasvasar este patri-
"monio a las costumbres laicas y civiles de nuestro tiempo? ¿Existe
"todavía necesidad de que la Iglesia nos enseñe a amar a los pobres,
"a curar y a asistir a los que sufren, a inventar los alfabetos para
"los pueblos analfabetos?-"

"Y entonces, ¿no están acaso claros los motivos de la irreligio-
"sidad moderna, del laicismo, celoso de la propia emancipación, del
"abandono de los deberes religiosos por parte de pueblos enteros, del
"materialismo de las masas, insensible a toda invitación espiritual? Sí,
"la Iglesia se encuentra en dificultades. He aquí incluso que algunos
"de sus hijos le han jurado amor y fidelidad y se alejan de ella; he
"aquí no pocos seminarios casi desiertos, familias religiosas que,
"dificilmente, encuentran nuevos miembros; y he aquí fieles que
"ya no temen ser infieles"

" ¿Puede la Iglesia superar las dificultades actuales?
"Por suerte para nosotros la respuesta es fácil, porque no está for-
"mulada por la prudencia humana, ni fundada sobre nuestras pobres
"fuerzas; la respuesta está en la promesa de Cristo: «... non praeva-
"lebunt» (Mat., 16, 18); «estoy con vosotros» (Mat., 28, 20); «en el
"mundo tendréis apuros; pero confiad. Yo vencí al mundo» (Juan,
"16, 33); «el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán»
"(Mat., 24, 35). Más allá de los resultados problemáticos, que pue-
"dan tener nuestras fatigosas vicisitudes, recordad ahora que éstas
"son palabras verdaderas, palabras divinas.»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general
del miércoles 11 de septiembre de 1974 (original
italiano «O. R.», 12-IX-74; traducción de *Ecclesia*
núm. 1.709 del 28 de septiembre).

La resurrección de la carne, según la escatología, incompre-
sible para el laicismo.

«Escatología es un término que, como se sabe, procede del grie-
"go, y quiere decir «último», final, extremo; y en el lenguaje bibli-
"co puede tener un doble significado, el de ulterior, superior, de su-
"perviviente, de sobrenatural, cuando se refiere a una existencia, que
"sobrepasa, en la forma y en la duración, la vida presente, temporal
"y mortal; o bien puede significar, y más normalmente, el estado
"profético concerniente al fin de este mundo, la situación cósmica
"y existencial, como será al término de la historia, cuando Cristo

"vuelva, cubierto de gloria, para juzgar a «los vivos y a los muertos», como nos permite imaginar el discurso de Cristo sobre la «cena grandiosa y misteriosa del juicio final y de la discriminación fatal de la Humanidad (Mat., 25, 31-46). Nuestros textos tradicionales, siempre auténticos, nos hablan de estas sublimes y tremendas cosas, en un tratado titulado «los novísimos», que trata cuatro formidables capítulos: Muerte, juicio, gloria e infierno, a los cuales está unido el del purgatorio, todos documentados con referencias concretas y enseñanzas dogmáticas del magisterio eclesiástico.

..... ahora limitamos nuestro interés solamente a tres alusiones sobre este inmenso cuadro escatológico.

"Primero. Sobre la resurrección de Cristo: ¿Realidad, y qué realidad?

..... Nuestra doctrina, bíblica, histórica, teológica, litúrgica, espiritual —lo sabéis— no admite dudas sobre este acontecimiento: Jesucristo resucitó verdaderamente, es decir: después de la muerte, una verdadera muerte. El, por virtud divina, volvió realmente a la vida, alma y cuerpo, pero en un estado nuevo, como «hombre celestial» (I, Cor., 15, 47), o sea: vivificado incluso en su humanidad por una acción superior del Espíritu divino. Estamos, ciertamente, en lo surreal, pero en la verdad, de la que algunos (Act., 10, 41), y no pocos (más de quinientos, dice San Pablo —I, Cor., 15, 6—) fueron testigos oculares, y de la que nosotros creyentes debemos ser valientes defensores (cfr. F. Prat, Théol. de St. Paul, 1, 157, ss.; sobre las discusiones actuales: C. Porro, la Ris. de Cr. oggi, ed. Paulinas, 1973). Certeza, pues; bienaventurada certeza sobre el hecho de la resurrección del Señor.

"Segundo punto: Nuestra relación personal y eclesial con Cristo resucitado. Esto dice nuestra doctrina: También nosotros, como Cristo, en Cristo, resucitaremos. Es extraordinario. Pero es así: La fe en Cristo y el bautismo, instituido por El, en el nombre de Dios vivo, Padre e Hijo y Espíritu Santo, nos garantizan, si somos fieles, una victoria análoga sobre la muerte; decimos, con inmenso asombro y con inmenso gozo, sobre la muerte. La muerte, nuestra enemiga suprema, será vencida al fin (I, Cor., 15, 26). ¡También nosotros resucitaremos! Cristo es el principio de este prodigio; El es la causa ejemplar (en Cristo, como El debemos resucitar); El es, además, la causa meritoria (por Cristo, por causa de El, podremos resucitar). Este es el cumplimiento de su misión mesiánica, éste es

"el milagro de la redención. Este, si queremos corresponder al de-
"signio redentor, es nuestro destino final, nuestra escatología.

"
"Tercer punto. Nos preguntamos: ¿Pero cómo? ¿Pero cuándo?

"
" Debemos preguntarnos sobre la influencia que
"nuestra fe en la vida futura, tal como ha sido anunciada por Cris-
"to y enseñada por la Iglesia, tiene sobre nuestra vida en el tiempo.

"Otras veces, este pensamiento se mantenía latente, como una
"luz encendida en la oscuridad, tan compleja y tan engañosa, de la
"peregrinación del hombre a lo largo del tiempo. Ahora, en cambio,
"se diría que se intenta todo para ocultar o para apagar aquella luz,
"para separar de la mentalidad humana el pensamiento de la vida fu-
"tura y para acostumar al hombre moderno a formarse una con-
"ciencia puramente temporal, actualista, y para hacer los cálculos
"orientadores de la vida dentro, y no fuera, del horizonte de la hora
"actual. El laicismo radical cierra la mirada sobre el misterio y sobre
"el destino a la inmortalidad del alma, y mucho más sobre la visión
"de la resurrección prometida.»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general
del miércoles 22 de mayo de 1974 (original ita-
liano «O. R.», 23 de mayo de 1974; traducción
de Ecclesia núm. 1.694 del 8 de junio).